



CAPÍTULO DOS

CASTIGADOS

Alex y Conner salieron de su salón de sexto curso y encontraron un parque del vecindario donde podían descansar y organizar la siguiente fase de su plan. Falta alrededor de una hora para el amanecer, y el cielo nocturno se iluminaba con cada minuto que pasaba. Todo estaba tan silencioso y pacífico que resultaba difícil imaginar lo caótica que podía ser la vida en el mundo de los cuentos de hadas y las atrocidades que sus amigos debían estar soportando.

Cuanto más se acercaba el amanecer, más personas pasaban conduciendo junto al parque en dirección a sus trabajos. Naturalmente, Alex había presenciado esa escena muchas

veces antes, pero cada vehículo que veía le causaba un leve entusiasmo. Había pasado mucho tiempo desde que había visitado el Otromundo, y no fue hasta ese instante que comprendió cuánto lo extrañaba.

–Es agradable ver qué poco cambió todo aquí –dijo Alex–. El mundo de los cuentos de hadas cambió tanto que nunca he tenido un instante para recuperar el aliento.

Conner la escuchaba a medias. Pasaba las páginas de sus cuentos y las separaba en cuatro pilas sobre el suelo.

–Genial, ¡todas están aquí! –dijo él–. *Estriboria*, *Reina galáctica*, *Los Hermanos* y *Las aventuras del chico dirigible*. ¡Son historias con personajes que pueden ayudarnos! Usaremos la poción para viajar dentro de las historias, encontraremos a los héroes y luego los llevaremos al mundo de los cuentos de hadas para que nos ayuden a luchar contra el ejército de nuestro tío.

Alex había accedido a llevar a cabo el plan de su hermano solo porque sus opciones eran muy limitadas. Cuanto más se acercaban a ejecutarlo, más dudas tenía al respecto. Una cosa era viajar dentro de los libros de la literatura clásica, pero ingresar a los cuentos escritos por su hermano era una hazaña completamente distinta.

–Tus historias suenan más elaboradas de lo que esperaba –dijo Alex–. Creía que escribías acerca de nuestras experiencias en el mundo de los cuentos de hadas y que solo cambiabas todos los nombres de los personajes.

–Así empezó –respondió Conner–. Pero cuando me sentí más cómodo, quizás exageré un poco las cosas y me tomé ciertas libertades. Todos los buenos escritores lo hacen... creo.



–¿Libertades? –preguntó Alex con miedo–. Conner, ¿exactamente en qué nos estamos metiendo?

Conner le restó importancia moviendo la mano como si no fuera algo grave.

–Relájate, no hay nada más peligroso que lo que ya hemos enfrentado –respondió–. “Estriboria” es una aventura pirata, “Reina galáctica” es sobre una expedición espacial, “Los Hermanoz” son un grupo de superhéroes y “Las aventuras del chico dirigible” siguen a un arqueólogo joven. Será facilísimo.

Los resúmenes no tranquilizaron en absoluto a su hermana. Los mellizos tenían suerte de haber sobrevivido a sus aventuras a lo largo de los años. Si los cuentos de Conner estaban basados en aquellas experiencias, Alex no estaba ansiosa por revivir ninguna de ellas... en especial si la imaginación retorcida de su hermano las había exagerado.

–¿Estás seguro de que funcionará? –preguntó Alex–. No quiero sonar como una esnob, pero tal vez deberíamos quedarnos con historias que fueron *publicadas*.

–Deja de preocuparte –replicó Conner–. No hay hechiceras malvadas, dragones, soldados franceses ni Ejércitos Literarios. Todos mis personajes están basados en personas que conocemos y queremos. Tienen la misma valentía, inteligencia y compasión que nuestros amigos: *querrán* ayudarnos. Entraremos y saldremos antes de que siquiera aparezcan los antagonistas.

–¿Qué haremos con tus personajes después de sacarlos? –preguntó Alex–. ¿A dónde los llevaremos?

Conner había estado tan preocupado por *hallar* sus cuentos que no había pensado en lo que harían después de encontrarlos.



–Buen punto –dijo él–. Necesitamos llevarlos a un lugar donde puedan permanecer un tiempo mientras reclutamos a los personajes de las otras historias. También necesitamos a alguien que los vigile para que no deambulen por ahí; alguien en quien confiemos plenamente y que no enloquezca por completo por lo que estamos haciendo.

Los mellizos pensaron en cuál sería el lugar perfecto y la persona perfecta para el trabajo, pero los candidatos eran muy pocos. Debía ser alguien del Otromundo que ya supiera de la existencia del mundo de los cuentos de hadas, alguien que hubiera visto magia antes y que no se asustara con ella. La persona debía ser lo bastante responsable para supervisar a varios personajes ficticios y tener espacio suficiente para hospedarlos. Alex y Conner llegaron a la misma conclusión exactamente al mismo tiempo. Se miraron y supieron que pensaban lo mismo: solo había una persona calificada para la tarea.

–¡*Mamá!* –dijeron los mellizos al unísono.

De inmediato, lo que siguió a la decisión fue una avalancha de culpa.

–No recuerdo cuándo fue la última vez que hablé con mamá –comentó Alex.

–Yo tampoco –concordó Conner–. Probablemente está muerta de preocupación.

–Hemos estado tan ocupados intentando salvar el mundo de los cuentos de hadas que nunca tuvimos la oportunidad de llamar a casa y contactarla –dijo Alex.

–Somos buenas personas, pero hijos *horribles* –comentó Conner.

–Sin importar si ella quiere ayudarnos o no, necesitamos



visitarla para que sepa que estamos vivos –afirmó Alex–. Solo esperemos que coopere.

Los mellizos estaban completamente de acuerdo. Conner tomó sus cuentos y salieron del parque. Alex siguió a su hermano, pero la dirección en la que él caminaba la confundió.

–¿A dónde vas? –le preguntó ella.

–A casa –respondió él.

–Pero la casa es en *esa* dirección.

–No, la casa *solía* estar hacia allá –dijo Conner–. Mamá y yo nos mudamos con Bob después de su casamiento, ¿recuerdas?

La culpa de Alex se duplicó con otra avalancha: estaba tan desactualizada que ni siquiera sabía ya dónde vivía su propia familia. Cada vez que pensaba en su mamá y en su padrastro en el Otromundo, los imaginaba viviendo en la casa alquilada donde se habían mudado cuando el papá de ella y de Conner había muerto. Quizás el Otromundo había cambiado más de lo que creía.

–Soy la peor hija del mundo. No será una visita divertida, ¿cierto?

–Nop –respondió Conner–. Mamá estará bastante molesta cuando nos vea, y no la culparé por eso.

Llegaron al límite del parque y Conner detuvo el paso.

–¿No olvidas algo? –señaló él.

–¿Qué? –preguntó Alex.

Conner miró a su hermana de arriba abajo como si fuera evidente.

–Alex, estás vestida como el Hada de los dientes –respondió él–. No puedes andar por los suburbios vestida así.

–Ah. Es verdad... Un segundo.



Con un giro rápido, Alex transformó su vestido resplandeciente y sus zapatos en una camiseta, unos jeans y unos tenis.

–Había olvidado que las prendas del Otromundo eran tan cómodas –comentó ella.

–Luces de nuevo como *tú*. Ahora vamos, cuanto más rápido hagamos esto, mejor.

Caminaron por las calles del vecindario hasta llegar a Sycamore Drive. El sol ya había salido y Alex pudo ver todas las casas espaciosas de la calle. La complació saber que su mamá y Bob vivían en un vecindario tan encantador. Alex supo cuál era su casa antes de que Conner la señalara porque los canteros estaban cubiertos de las rosas favoritas de su mamá.

–Esperemos que estén en casa –dijo Conner–. A esta hora suelen comenzar un turno diurno o terminar uno nocturno.

Los mellizos avanzaron por el sendero serpenteante y llamaron a la puerta. Pocos instantes después, su padrastro apareció. Bob aún estaba en pijamas y con su primera taza de café en mano. Tenía los ojos hinchados, como si acabara de despertar. El médico tuvo que mirar dos veces cuando vio a Alex y Conner de pie detrás de la puerta.

–Buenos días, Bob –dijo Alex con alegría–. ¡Qué bueno verte otra vez!

Bob frotó sus ojos y se rascó la cabeza. Aún no estaba convencido de estar despierto.

–Em... *Hola* –dijo él–. Vaya, qué sorpresa.

–¿Está mamá en casa? –preguntó Conner–. Tenemos que hablar con ella.

–Sí, está arriba alistándose para el trabajo. Cielos, estará muy feliz de verlos –respondió Bob–. ¡*Charlotte, tienes visitas!* –exclamó en el interior de la casa.



Los mellizos oyeron que una ventana se abrió sobre el porche. Alzaron la vista y vieron a Charlotte mirándolos desde el segundo piso, ya vestida para trabajar con su ambo azul. Su rostro tenía varias expresiones a la vez: sorpresa por estar viendo a sus hijos, alivio porque estaban bien, alegría porque al fin habían regresado a casa... pero todo se resumió en enfado.

–Hola, mamá –dijeron los mellizos, avergonzados.

–ADENTRO. AHORA –ordenó Charlotte y cerró la ventana de un golpe.

–Empezamos bien –comentó Conner tragando con dificultad.

Antes de notarlo, Alex y Conner estaban sentados en el sillón de la sala de estar mientras su madre, furiosa, caminaba de un lado a otro frente a ellos. Estaba tan molesta que no podía formar las palabras para darles una reprimenda. Bob tomó asiento en un sillón de un cuerpo junto a los mellizos. Miraba con cautela por encima de su café, temiendo por la seguridad de los tres.

–La casa nueva es muy linda –comentó Alex–. Me gusta mucho cómo decoraste...

–*Silencio* –dijo Charlotte–. ¿Alguno de los dos tiene idea de lo que me han hecho vivir? ¡He estado tan preocupada que no he dormido durante meses!

–Lo sentimos mucho, mamá –dijo Conner–. No era nuestra intención preocuparte y...

–*Menos conversación y más atención* –replicó ella–. ¿Saben cómo es ir a la tienda, que te pregunten cómo están tus hijos y no tener idea en absoluto? ¿Saben cómo es decirle al distrito escolar “mis hijos han cambiado de escuela” sin tener pruebas



de ello? ¿Saben cómo es no tener noticias de tus hijos durante semanas excepto “Disculpa que no llamamos, mamá, tuvimos que luchar contra un dragón” o “Debemos irnos, mamá, un ejército está invadiendo el castillo”?

Charlotte fulminó con la mirada a sus hijos mientras esperaba una respuesta, pero los mellizos permanecieron en silencio. No sabían si tenían permitido hablar o si ella había hecho una pausa como efecto dramático.

–Por su bien, espero que *sus* futuros hijos les muestren más respeto y cortesía de la que los *míos* han demostrado –prosiguió Charlotte–, porque *no saber* si tus hijos están vivos o muertos en otra dimensión es el peor sentimiento que pueden tener. Es peor que luchar contra hechiceras, es peor que matar dragones y es peor que enfrentar a un ejército, *¡se lo juro!*

Las lágrimas llenaron los ojos de Charlotte y ella apartó la mirada de los mellizos para secarlas con un pañuelo. La culpa que los jóvenes habían sentido antes era nada comparada con la culpa que sentían ahora. El sentimiento tensó sus estómagos y sus pechos con tanta fuerza que creyeron que sus cuerpos podrían estallar.

–Mamá, no te descuidamos a propósito –dijo Alex–. Nos gustaría explicarte si nos das la oportunidad. Algo realmente terrible ha ocurrido y necesitamos tu ayuda para...

–*¡No me importa lo que ha ocurrido!* –replicó Charlotte–. ¡Siempre habrá otra crisis que resolver en el mundo de los cuentos de hadas! ¡Su familia debería ser la prioridad! Eso es lo que su padre y yo les enseñamos al crecer, o eso creía.

–Lo hicieron... y lo creemos –dijo Conner–. Pero las vidas de tantas personas están en peligro...

–¿Y qué hay de *sus vidas*? –preguntó Charlotte–. Desde



que tienen trece años, han estado ocupados salvando las vidas de otras personas, pero nunca se ocupan de ustedes mismos. ¿Alguno de los dos sabe siquiera qué día es *hoy*?

Alex y Conner intercambiaron una mirada, pero ninguno sabía a qué se refería Charlotte. Revisaron rápidamente una lista mental de feriados posibles o fechas especiales que pudieran ser la respuesta, pero ambos estaban en blanco.

–¿Es tu aniversario con Bob? –sugirió Conner.

Charlotte lucía más afligida que nunca.

–No, hoy es su cumpleaños número quince –respondió ella.

Los mellizos estaban atónitos. ¿Cómo era posible que no hubieran sabido que era su propio cumpleaños? De pronto, todo lo que Charlotte había dicho tenía perfecto sentido. Estaban tan ocupados salvando a los demás que se estaban perdiendo sus propias vidas.

Charlotte miró su reloj de pulsera y luego tomó su bolso y las llaves del vehículo del estante junto a la puerta principal.

–Debo ir a trabajar –dijo ella–. Los dos están *castigados*.

Conner miró a Alex.

–Momento, ¿aún puede hacer eso? –preguntó él.

–*¡Por supuesto que puedo!* –dijo Charlotte–. Quiero que ambos suban a sus habitaciones y que permanezcan allí hasta que regrese a casa.

–¿Tengo siquiera una habitación aquí? –preguntó Alex.

Charlotte se sintió ofendida de que la chica tuviera que preguntarlo.

–Por supuesto que sí. Cuando regrese, tendremos una *agradable cena familiar* para celebrar sus cumpleaños.

–Mamá, eso suena lindo, pero realmente estamos cortos de tiempo –dijo Alex.



–Alexandra Bailey, es lo menos que puedes hacer por mí –replicó Charlotte–. Después de que tengamos una *agradable cena familiar* y que conversemos acerca de *asuntos familiares normales*, podemos hablar sobre la ayuda que necesitan, pero solo *después*. Conner, por favor, muéstrale a tu hermana su habitación.

Charlotte partió hacia el trabajo y dejó a sus hijos sumidos en un silencio muy incómodo. Sentían tantas cosas a la vez –culpa, vergüenza, decepción, ansiedad– que no sabían con qué emoción quedarse.

Bob intentó romper la tensión, pero ni siquiera él sabía qué sentir.

–Pues... ¿Feliz cumpleaños?

